

El pulpo está crudo

Luis María Pescetti

Ilustraciones de O'Kif



loqueleg®

El narrador

—Cierta día iba Caperucita por el bosque de... tú, ¿cómo se llamaba ese bosque?

—¿Cuál?, el de... ¿el bosque de Sherwood?

—No, ése era el de Robin Hood.

—¿Robin Hood no era el compañero de Batman?

—No, el compañero de Batman era Mandrake.

—¡Si Mandrake era un mago!

—¿Y qué tiene? Además era el ayudante de Batman.

—... ¿Seguro?

—Claro, ¿para qué te contaría mentiras, eh? ¿Quieres que siga?

—Pos, sí...

—El bosque quedaba en Transilvania...

—Ya, no inventes, ¿Transilvania no era donde vivía el Conde Drácula?

—Tienes todo mezclado. No prestas atención a lo que te cuento y se te mezcla todo. Transilvania queda en Estados Unidos... si me vas a cuestionar todo mejor me callo.

—Sí, mejor.

—... Pues ahora no me callo.

—Te callas porque no quieres contarme el cuento, porque no lo sabes.

—Claro que lo sé; ahí te va, cierta noche, Caperucita estaba cerrando su famoso restaurante...

—¿¡Su famoso restaurante!?

—Sí, cuando de repente recibió una llamada telefónica...

—... era uno que le avisaba que tú le estabas echando a perder su cuento.

—No, era su mamá, que le pedía que pasara con la abuelita a dejarle algo de comer. Le dijo así: “Blancanieves...”

—¿¡Le dijo “Blancanieves”!?

—Sí, “Caperucita” se llama el cuento, pero a ella le encantaba que le dijeran “Blancanieves”. Entonces el tío le dijo así...

—Oyes, ¿no era la mamá la que estaba en el teléfono?

—¡Nunca dije que fuera la madre... por favor, presta atención! Déjame seguir, le dijo así: “Blancanieves, cuando cierres tu famoso restaurante llévale algo a tu abuelita que acaba de hablarme y dice que está con un hambre terrible”.

—¿Y por qué la abuelita no la llamó directamente al restaurante?

—Porque se le olvidó el número.

—¿Y por qué no lo tenía anotado en un papelito al lado del teléfono?

—Porque el lápiz se lo había prestado a un humilde cazador.

—¿El que aparece al final del cuento?

—Exactamente, que fue el que atendió el teléfono.

—...Oyes, ¿no lo había atendido la misma Caperucita?

—¿Quién? ¿Blancanieves?

—Sí.

—No creo, ella no tenía teléfono.

—¿Y dónde recibió la llamada si no tenía teléfono!?

—Ahí está la gracia, escucha, entonces el humilde cazador le dijo a la mamá...

—¿Por qué era “humilde cazador”?

—Porque si hubiera sido rico tendría empresas, pero no sería cazador. Ahora cállate y déjame contarte el cuento.

—... ¿no tienes otro? No entiendo nada.

—Porque no prestas atención. Entonces el humilde cazador le dijo: “Mire, señora, su hija se fue a un baile a que le probaran un zapatito”.

—¿Ése no es el de Cenicienta?

—No, en el que hay un baile es en el de Pinocho.

—En el de Pinocho nunca hubo un baile porque él no era como los demás niños.

—El que no era como los demás niños era Frankenstein.

—¡Pero si él era un monstruo!

—Por eso no era como los demás niños, ¿quieres que siga o cambio?

—...y no, sigue...

—Entonces la abuelita le dijo...

—Oyeeessss... ¿Qué abuelita? ¿No estaba hablando con la mamá?

—¿Ves? No me escuchas. ¿No te dije que la mamá era sorda?

—¿Sorda?

—Claro, le habían hecho una operación, pero no quedó bien.

—¿En el cuento dice eso?

—Por supuesto, yo nunca te mentiría. Sigo. Entonces le dijo: “No importa, yo igual la llamo después, no se olvide de darle mi mensaje”. Pero ni bien colgó, el cazador ya se había olvidado y ese mismo día la abuelita hubiera muerto de hambre... si no fuera porque pasó un lobo y se la comió. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. ¿Te gustó?

—... La mitad no la entendí, pero estuvo chido.

—¿Qué parte?

—La de los ladrones que entran a la pizzería.

—Porque no prestas atención. Mañana te cuento otro.

El piedrazo

Resulta que yo había comprado un boleto para una rifa de la asociación de padres de familia de la escuela que queda a media cuadra, y había sacado el primer premio que eran cuatro autos, dos casas, tres motos y un cuchillito.

Bueno, con uno de los autos había pasado a buscar a la que ahora es mi novia, para llevarla a pasear. A ella se le había ocurrido traer una canasta con sándwiches y un mantel, así que nos fuimos de pícnic a la playa. Ella me gustaba mucho, pero mucho en serio, y quería impresionarla con algo. No se me ocurría con qué. Entonces vi que había unas piedritas, le devolví el sándwich y le dije: “Mira, vas a ver qué lejos llego”. “¡Ay, sí, me encanta!”, dijo ella

mientras me servía refresco. Yo no quería que el piedrazo se quedara por ahí cerca nomás, así que tomé carrera y la tiré con todo. Nos quedamos mirando para ver el chapuzón de la piedra en el agua, pero nada. Por más que miramos, no la vimos caer. Tiré de nuevo. Pero, otra vez, no vimos dónde caía. Bueno, nos pareció raro; pero no le hicimos caso. Seguimos charlando de nuestras cosas, ahí fue que medio me declaré. Terminamos de tomar refresco y nos fuimos.

